

## CAPITULO LXI.

Nueva guerra entre Francia y España.—Motivos en que se fundó.—Asesinato de Rincon.—Levanta Francisco I cinco ejércitos.—Resultado de la campaña.

TODAVÍA no se habían cerrado las hondas heridas causadas por la funesta expedición de Argel; España lloraba la pérdida de muchos de sus esclarecidos hijos, y los ejércitos del Emperador, la de varios de sus esforzados y valientes guerreros, cuando ya se divisaba en lontananza la pavorosa perspectiva, el cuadro desolador y alfectivo de una nueva guerra.

La estrella que presidía aquel reinado, enemiga sin duda de la paz y de la quietud, apenas cesaba de brillar en un campo de manzanza y desolación, corría á mostrarse en otros horizontes, iluminando otros cuadros no menos sangrientos y desoladores.

Pocos eran los que dudaban acerca de la proximidad de una nueva guerra entre Francia y España, despues de la respuesta dada por el Emperador á los embajadores de Francisco en Gante, de cuyo asunto ya nos hemos ocupado.

El viaje de Carlos por Francia, aquellas muestras de amistad tan hipócritamente dadas como hipócritamente recibidas, si en los primeros momentos pudieron hacer creer á algunos que eran indicio de una paz duradera entre aquellos tan encarnizados rivales, duró poco su ilusión, toda vez que despues pudieron adivinar la proximidad de nuevas tormentas, tal vez mas desastrosas que las anteriores.

Necesario es convenir que para la nueva guerra que se entreveía despues de la respuesta de Gante, no le faltaba razon á Francisco, mas este no podia alegar semejante causa, puesto que hubiera sido demostrar que fue sobradamente crédulo en todo aquel asunto, y que solamente el despecho le hacia romper nuevamente las hostilidades.

Necesitábase un pretexto nuevo, era preciso que, aun cuando todo el mundo comprendiera que la cuestion del Milanesado era la verdadera piedra de toque, hubiese otro pretexto, otra causa, otra especie de pantalla que ocultase la verdadera.

La casualidad llegó precisamente en auxilio de Francisco I.

Un tráfuga español, Antonio Rincon, fue el origen de esta nueva guerra.

«Era el Rincon,—dice el historiador Lafuente,—hombre hábil para los negocios, y solia tenerle el Monarca francés empleado en Constantinopla, cerca del Sultan, cuya gracia habia sabido captarse el castellano. Interesado otra vez Francisco I en renovar su antigua alianza con el turco, y conviniendo á los dos hacer entrar en sus miras y proyectos contra la casa de Austria á la república de Venecia, con la cual acababa Soliman de ajustar paces, despachó á Rincon con pliegos para aquella señoría, invitándola á hacer causa comun contra el Emperador, y haciendo á su senado ventajosos ofrecimientos. Habia de incorporarse Rincon en el camino con César Fragoso, otro tráfuga genovés, tambien de la confianza del rey Francisco. Hizolo así el español, y los dos enviados se embarcaron en el Tessino para hacer con mas comodidad el resto del viaje á Venecia. En este momento se vieron asaltados y embestidos por unos enmascarados que en otras barcas les aguardaban, y arremetiéndoles bruscamente, cosieron á puñaladas á los dos embajadores, mas no pudieron apoderarse de los papeles, porque habian tenido la precaucion de enviarlos por delante al representante de Francia en Venecia (mayo 1541).»

Tal fue el modo, segun refieren la mayoría de los historiadores, con que las traiciones de Rincon quedaron castigadas, y aun cuando el marqués del Vasto, gobernador de Milan, á quien se achacaba el suceso, negaba con obstinacion su culpabilidad, á pesar de no resultar ningun cargo fundado contra él, la opinion pública acusóle enérgicamente por un hecho que verdaderamente á nadie mas que al Emperador interesaba, puesto que en su contra obraban los dos individuos asesinados.

El mismo Sandoval, al ocuparse de este asunto, dice que «hubo en este negocio, como en todos los demás, diversos juicios,» viéndose en todo el trabajo del ilustre cronista que á esto se refiere, mas el afán de sincerar al Emperador y al Marqués de aquellos terribles cargos, que razones sólidas y pruebas convincentes para demostrar su inocencia.

Fácil es de comprender que el rey de Francia habia de acogerse á este pretexto que en tan buenos momentos se le presentaba, y en su consecuencia, dirigióse al Emperador pidiéndole con dureza satisfacciones por un crimen cometido en personas que llevaban el carácter de embajadores y durante una tregua.

Preocupado, como el Emperador se hallaba entonces, con su expedición á Argel, no quiso distraerse de ella, procurando eludir en cuanto le fue posible la justicia de aquellas quejas.

El asesinato de Rincon proporcionó, como ya hemos dicho, á Francisco I el pretexto que necesitaba, y como que tras de la satisfaccion pedida por él al Emperador y eludida por este, era ya inevitable la guerra, dedicóse á buscar aliados para poder hacerla con mejor éxito.

No fueron muchos los que encontró, á pesar de haber solicitado el apoyo de todos los soberanos y príncipes de Europa, puesto que su desatentada conducta por una parte, y el poder del Emperador por otra, no podian proporcionarle muchos amigos, así fue que únicamente los reyes de Dinamarca y Suecia y el duque de Cleves

mostráronse propicios á favorecerle, con su interés particular cada uno, pues en aquellos tiempos no abundaban gran cosa los rasgos generosos y desinteresados.

El desgraciado éxito que tuvo la expedición del Emperador á Argel vino á ofrecer al rey de Francia favorable ocasion para atacar á un adversario que tan quebrantado se hallaba; mas precisamente atacóse por entonces una enfermedad, consecuencia de su existencia desordenada, y esto impidió, por el momento al menos, la realizacion de sus designios, en lo cual fue el Emperador no poco afortunado.

El regreso de Carlos á España, segun manifestamos ya en el capítulo anterior, coincidió con el levantamiento de los cinco ejércitos que Francisco presentó en campaña, destinados á operar contra el que en la desastrosa jornada de Argel acababa de perder sus mejores capitanes y sus aguerridos soldados, y de sufrir no pocos quebrantos materiales.

De aquellos cinco ejércitos, uno debia operar por la parte del Luxemburgo, bajo el mando del duque de Orleans, hijo de Francisco, mientras que el Delfin Enrique mandaba otro, que por el Rosellon habia de dirigirse á las fronteras españolas; el mariscal de Guédres mandaba el tercero, cuyo destino era operar en el Brabante; el duque de Vendome dirigia el cuarto, destinado á los Países Bajos, y el quinto, confiado al almirante Annehault, habia de atacar por el Piemonte.

Formidables eran las fuerzas puestas en campaña por el rey de Francia, y mucho mas serio su ataque, toda vez que, separándose de su antigua costumbre, en vez de atacar resueltamente el Milanesado, habia formado un plan distinto de campaña, plan consistente, como acabamos de ver, en el ataque simultáneo por cinco puntos distintos, con fuerzas bastantes para arrollar cuantos obstáculos se le presentasen.

Pero «el resultado de esta nueva combinacion,—dice un historiador contemporáneo de bastante nota,—no correspondió sino muy imperfectamente al tiempo que se habia tomado para prepararse, á la grandeza y aparato del esfuerzo y á las circunstancias en que se hacia.

«En el Piemonte tomó Du Bellay por astucia algunas ciudades. En Flandes todas las fuerzas y todas las bravatas de Van Rossen y del duque de Cleves con su ejército de alemanes, se estrellaron contra la firmeza de Amberes y Lovaina. El duque de Orleans fue quien se apoderó del Luxemburgo y de casi todo el condado de Brabante. Pero habiéndose vuelto á Francia, dejando por gobernador al duque de Guisa, no bien habia regresado á aquel reino, cuando el príncipe de Orange se puso sobre el Luxemburgo, recobró todo lo que habian tomado los franceses, y acabada aquella empresa revolvió contra el de Cleves, deseoso de vengar en él el daño que Brabante habia recibido (1542).»

Efectivamente, todas las fanfarronadas de los generales franceses, todo aquel formidable poder con que se presentaron en los primeros momentos, desvaneciése como el humo al rehacerse los soldados del Emperador del primer asombro y al volver sobre sus osados enemigos.

No era suficiente para el rey de Francia levantar poderosos ejércitos y hacer ostentosos alardes, necesitaba poner al frente de ellos generales como los que tenia Carlos, é infundir en sus soldados aquella noble emulacion, aquel belicoso ardor, aquel entusiasmo y ardimiento de que se hallaban poseidos los viejos tercios españoles, acostumbrados ya á vencer en cien combates y á luchar con distintos y fuertes adversarios.

Los ejércitos franceses eran poderosos por el número, pero nada mas, y prueba bien patente ofrecieron los resultados que, segun hemos manifestado, dió la famosa combinacion de los cinco ejércitos en que fundaba Francisco I tan grandes esperanzas.

No mejor suerte tuvo el Delfin en la frontera de España, puesto que dió tiempo á que Perpiñan fuera avituallado y socorrido oportunamente por el Emperador, de modo que, cuando él con sus cuarenta mil hombres presentóse en aquellos lugares, fue recibido de un modo inesperado y perdiendo mucho tiempo en inútiles ataques, diezmado su ejército por el hambre y las enfermedades, y falto de los socorros que del turco esperaba, vióse obligado á retroceder, dirigiéndose á Montpellier para rehacerse y reparar las pérdidas que habia sufrido.

Tal fue el resultado de aquel tan imponente y al parecer incontestable esfuerzo hecho por el rey de Francia, que, por cierto, estuvo bien distante de responder á la ansiedad con que toda la Europa fijaba en él sus miradas.

Carlos V abatido, quebrantado por el desastre de Argel, con el tesoro exhausto y con gran parte de su ejército destruido, y frente á un adversario orgulloso de su fuerza, y que habia tenido tiempo de prepararse, no podia menos de excitar un general interés y de hacer concebir temores respecto á la suerte que podia alcanzarle; mas el poco éxito que Francisco alcanzó en su empresa, á la par que demostró una vez mas su falta de destreza, patentizó los recursos con que, aun sufriendo las consecuencias de un desastre, contaba el Emperador.



ENTREVISTA DEL EMPERADOR Y PAULO III

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO LXII.

Continúan ambos monarcas buscando nuevas alianzas.—El Pontífice persiste en su sistema de neutralidad.—Marcha el Emperador á Italia.  
—Entrevista de Paulo III y Carlos.—Objeto de ella.

TRAS los estériles resultados que ofreció la campaña, según acabamos de ver, dedicáronse en lo que restaba de aquel año ambos rivales á adquirir aliados que les ayudasen á sostener aquella tan desastrosa guerra.

Cegábase á los dos la ambición, y el odio y la rivalidad que se profesaban eran tales, que á ellos, no solamente sacrificaban sus propios intereses, si que también los de estados que ninguna parte habían tenido en sus contiendas.

Mientras Francisco procuraba conseguir del turco que eficazmente cooperase al plan que se había propuesto, invadiendo por la parte de Hungría los territorios del imperio, y plagando el Mediterráneo de los buques piratas de Barbaroja, Carlos trataba de conseguir que el Pontífice abandonase aquella neutralidad en que permaneciera hasta entonces.

Pero el Papa, que temía, de una parte que el rey de Francia se separase de la obediencia que le tenía, como hiciera ya el de Inglaterra, y de otra, que el Emperador se enojase con él, tratando de conciliar estos dos extremos, no quiso abandonar, por entonces al menos, aquella prudente actitud, á pesar de que la mayoría de sus cardenales eran de opinión de que debía hacerlo, toda vez que Francisco, por su alianza con el turco, había hecho digno de que se le considerase como un enemigo y merecedor de que se le privara del título de Cristianísimo.

Carlos no pudo disimular su enojo, y por medio de una pragmática prohibió que ningún extranjero pudiera alcanzar en España pension ni beneficio de ninguna especie, lo cual envolvía la idea de atacar directamente á la corte de Roma.

Y para que el tiro fuese todavía más directo, entabló negociaciones con Enrique VIII de Inglaterra, el cual se hallaba á la sazón resentido con el francés por la amistad que profesaba al rey Jacobo de Escocia, irreconciliable enemigo de Enrique.

Fácilmente se comprende que este no dejaría escapar tan favorable coyuntura para demostrar su enojo, y en febrero de 1543 celebró entre él y Carlos un tratado de alianza, por el cual ambos se comprometían á exigir de Francisco que se separase de su amistad con el turco, que pagase á Enrique las cantidades que le adeudaba, que devolviese al Emperador el ducado de Borgoña, y que de no hacerlo así, ambos, cada uno por su lado, invadirían su territorio.

Gran disgusto produjo esta alianza del Emperador con el Monarca protestante, especialmente en la corte de Roma; pero Carlos, sin cuidarse gran cosa de ello, comenzó á preparar su viaje para Italia y Alemania, al objeto de oponerse á los progresos del ejército de Soliman.

Recogió los cuatrocientos mil ducados que las Cortes de Castilla le concedieron como servicio ordinario y extraordinario, pidió prestada una gran cantidad al rey de Portugal sobre la conquista de las Molucas, y reuniendo, finalmente, cuantos recursos le fue posible, dirigióse hácia Barcelona.

Su hijo, el príncipe D. Felipe, que á la sazón contaba diez y seis años, y que acababa de ser reconocido y jurado como heredero y sucesor de su padre, quedó nombrado regente y gobernador de estos reinos durante su ausencia, asistido por los consejos del cardenal Tavera.

El despacho de los negocios quedó á cargo del secretario imperial Francisco de los Cobos, y la capitania general de los reinos de Aragón y Castilla, al del duque de Alba.

En Barcelona esperaba al Emperador el príncipe Andrés Doria con su escuadra, compuesta de cuarenta y siete galeras y mas de cuarenta naves, en las que se embarcaron ocho mil veteranos españoles y setecientos caballos, tomando en Perpiñan hasta mil soldados mas.

Una vez á bordo el Emperador, dióse á la vela la escuadra, llegando á Génova á fin de junio de 1543.

Hízosele en este punto un gran recibimiento, y una vez hospedado en el palacio de Doria, acudieron á visitarle una porción de principales personajes, entre ellos el marqués del Vasto, D. Fernando de Gonzaga, Cosme de Médicis, y Pedro Luis Farnesio, hijo del Papa y padre de Octavio.

A pesar de los recursos que el Emperador se había proporcionado, no le era posible vencer las dificultades que le ocasionaban la insuficiencia de aquellos, y no encontrando medio de sacarlos de los estados de Italia por la escasez que en ellos reinaba, ajustó con Cosme de Médicis la retirada de las guarniciones que en Florencia y en Liorna mantenía por la suma de ciento cincuenta mil ducados.

El de Médicis accedió gustoso á semejante convenio, toda vez que aquellas dos plazas eran tan importantes, que las llamaban los grillos de Toscana, y su agradecimiento llegó hasta al extremo de poner en ellas por su cuenta guarnición de españoles y tudescos.

Dispuesto el viaje del Emperador á Alemania, el Pontífice, abrigando ya el proyecto de que mas adelante daremos cuenta, trató de celebrar una entrevista con él, para cuyo efecto envió á Génova á su hijo Pedro Luis Farnesio, y mas tarde, y con el

mismo objeto, á su nieto el cardenal de aquel mismo apellido.

El Emperador no quería avistarse con el Pontífice, irritado todavía por su anterior negativa; pero tantas fueron las instancias, que finalmente celebróse la entrevista en una población situada entre Plasencia y Cremona, titulada Bujeto.

El Pontífice manifestó en esta conferencia su propósito, que no era otro que el de comprar al Emperador el ducado de Milan, sabiendo lo escaso de dinero que se hallaba, y lo mucho que necesitaba á este poderoso elemento.

Entabláronse las negociaciones con tal objeto, y, como dice el obispo Sandoval, «el negocio se apretó tanto, y la necesidad del Emperador era tal, y el dinero de Paulo tan sabroso, que tuvo por acabado este negocio.»

Pero encontró grave oposición en varios de sus caballeros, y especialmente en el gobernador de Siena D. Diego de Mendoza, «caballero sábio y discreto de los mas que en su tiempo hubo, y tan buen diplomático como excelente escritor.»

Este entregó al Emperador un razonado escrito, usando de tales y tan profundos argumentos, y descubriendo con tanta libertad y desembarazo, como dice el historiador Lafuente, los ambiciosos proyectos del Pontífice, que por lo curioso, y como muestra del lenguaje de aquel tiempo, transcribiremos algunos de sus mas interesantes párrafos.

Dicen así:

«Allende de esto, teniendo todo el mundo por cierto que solo el Papa os puso en los peligros pasados y en los trabajos presentes... por solo necesitaros y traer os en este punto en que estais, viendo agora que en lugar de vengaros le gratificais, y en lugar de ofenderle os sometéis á bajezas y poquedades, ¿quién estimará vuestra potencia? ¿ni quién temerá dañaros, pues del daño nace provecho y de la ofensa gratificación?»

«¿Qué mayor desacato en el mundo se puede hallar, que habiéndoos ofendido, como os ha ofendido, no solamente no tiene vergüenza de parecer ante vos, pero os demanda cosas, que no sería justo pedir las habiéndoos redimido de turcos?...»

«Y pues esto es así, y tan verdad como la misma verdad, estad, señor, sobre vos, conservad lo que tenéis, trabajad por adquirir lo demás y manteneos en vuestra reputación, porque yo certifico á V. M. que en esta coyuntura, con solo hallaros fuerte de palabras le podeis vencer sin otras armas; porque el estado de la Iglesia es mas vuestro que suyo...»

En otra parte prosigue el mencionado D. Diego.

«No hay príncipe en toda Italia que no esté malcontento de él: usad en esta ocasión del hierro y no del ensalmo, porque sin duda conoceréis el provecho muy manifiesto.»

«Y que esto sea así, la experiencia lo ha dado á conocer despues que comenzásteis á tratarle con un poco de respeto y negociar con autoridad. No podéis creer el grande miedo que tuvo cuando supo el mal recibimiento que hicisteis al legado que fué á España, y el que sintió cuando enviásteis á Granvela al concilio, y últimamente el que ha concebido de vuestra venida á Italia sin haber hecho ceremonia ni cumplimiento con él.»

«El temor de veros venir agora con gente no escede la mala conciencia, perversa y dañada intención que contra vos tiene: en nada se asegura; de todo se teme; y pues le tenéis en estos términos, otra vez exhorto á V. M. que sepa usar de la ocasión... etc. (1).»

Todo el escrito, que es sumamente largo, encuéntrase lleno del mismo modo de acusaciones y de frases sumamente duras, produciendo un efecto tal en el Emperador, que la negociación entablada quedó rota por completo, no volviéndose á hablar mas de aquel asunto.

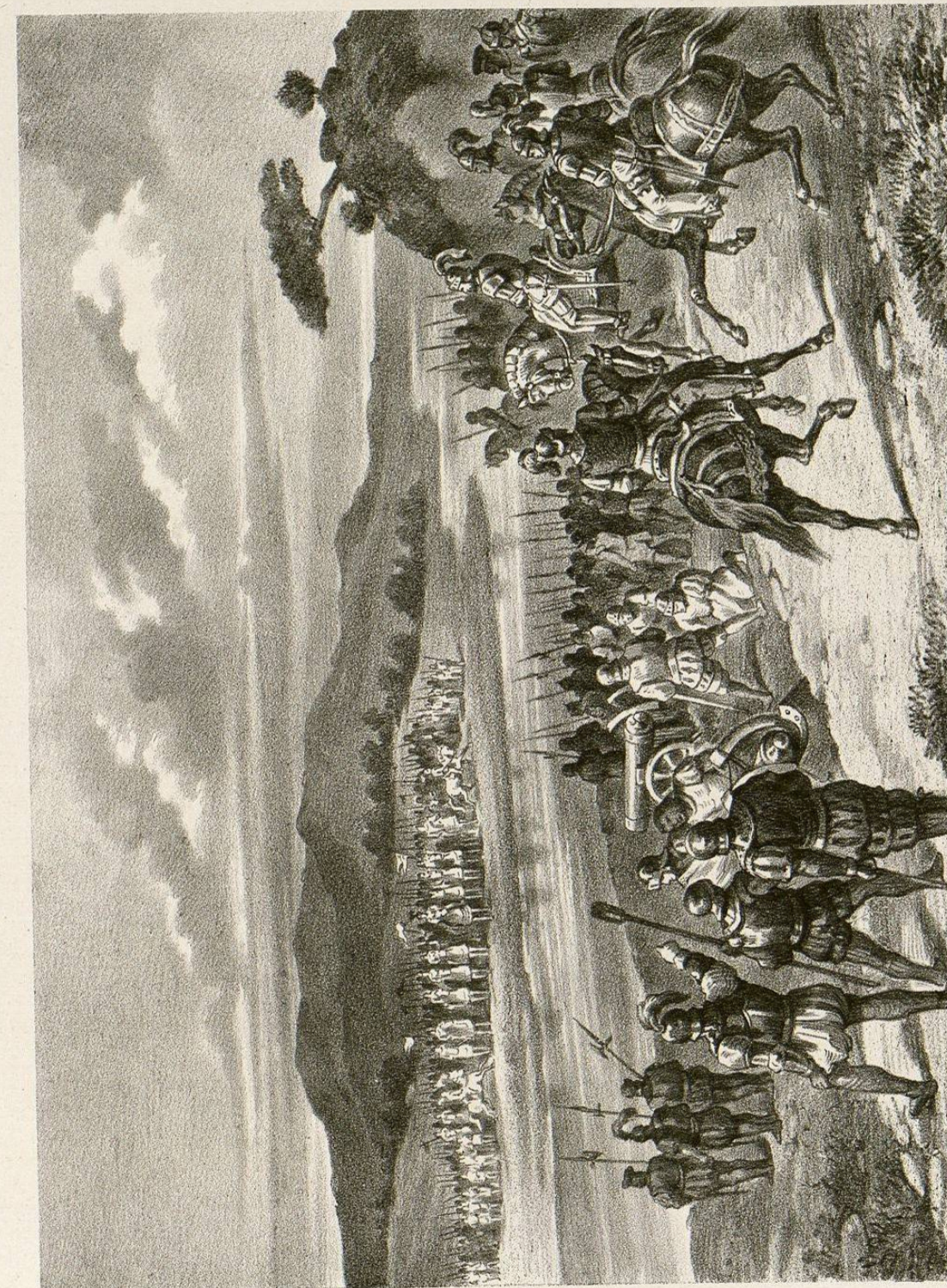
Enérgico era, como se ve, el citado documento, y si demostraba en su autor un carácter resuelto y condiciones de agudeza y perspicacia poco comunes, no es menos cierto que, á cambio de eso, mostrábase sobrado irrespetuoso con el Pontífice, hablando de él con una libertad y un desembarazo nada propios, á la verdad, tratándose del representante de Dios en la tierra.

Cierto es que era achaque mas general de lo que vulgarmente se cree, en la época de que tratamos, el hacer grandes alardes de catolicismo por una parte, y negar, por otra, las consideraciones de respeto y reverencia debidas, al Vicario de Jesucristo.

Inútil ya, á consecuencia de esto, la permanencia del Emperador en Italia, abandonó la población donde se había verificado la entrevista, marchándose inmediatamente á Alemania.

Necesaria era su presencia en este punto, puesto que se había esparcido la noticia y corría muy válida, no solamente entre el pueblo, sino aun entre personajes de tan elevada categoría como el duque de Cleves, de que el Emperador había muerto en su última expedición á Argel.

(1) Sandoval, lib. XXV, pár. 30.  
El mismo historiador trata con no poca dureza en esta ocasión al papa Paulo III. «Mas á la verdad, dice, no era sino con codicia de comprar el estado de Milan para su nieto obra por cierto nia para ganar el cielo comprando á Milan con la sangre de Cristo...»  
«Pensaba el Papa, añade, que el Emperador, apretado con la grandísima necesidad en que estaba, daría fácilmente á Milan por dineros, de suerte que ya tenemos otro codicioso por este ducado que tanto costó al mundo.»



EPISODIO DEL SITIO DE LANDRECY.